

Subterráneamente, sin embargo, desde comienzos de la vida independiente germinó la historia prehispanica de los cronistas de la primera hora indígena (y mestiza y castiza) y las obras de los frailes etnógrafos. Hoy es dable suponer su lugar en el teatro del mundo. Y en ese contexto, en el del conocimiento de las notas de mano de aquellos curiosos del pasado propio, debemos valorar esta edición que ofrecen Rafael Tena y Cien de México.

Y es posible, además, calibrar el trabajo del traductor-editor. En *La ciudad de las palabras* Alberto Manguel reflexionó sobre las lenguas, los ladrillos de Babel, y sobre su naturaleza como el canto de las

sirenas. Las sirenas cantaban historias: las de todos, las de cada uno. El peligro de escucharlas era igual para griegos y para bárbaros; su canto debía tener una lengua universal, cuyo vocabulario es inexistente. Pero es posible escucharlas. Se requiere entonces un trasvase. Escribió Manguel al respecto:

El paso de un vocabulario a otro para entenderse fue (y es todavía) uno de los misterios esenciales del acto intelectual. Si una comunicación semántica, oral o escrita, coloquial o literaria, depende de las palabras que la constituyen y de la sintaxis que la gobierna, ¿qué es lo que preservamos cuan-

do sustituimos éstas por otra sintaxis y otras palabras? [...] ¿Qué traducimos cuando decimos traducir? Ni sentido, ni sonido, sino algo que sobrevive a la transformación de ambos, eso que queda cuando eliminamos todo. No sé si esa esencia puede definirse, pero quizá, analógicamente, podemos entenderla como el canto de las sirenas.

Podemos acercarnos a algunas de esas historias porque Rafael Tena ha escuchado el canto de las sirenas atado al mástil de su proyecto intelectual vital, y las ha traducido con los otros textos de Chimalpáhin para nosotros.

Los monederos del rey

Eduardo Flores Clair

Felipe Castro Gutiérrez, *Historia social de la Real Casa de Moneda de México*, México, UNAM, 2012.

Ser historiador sin dejar de ser ameno; sin duda este fue uno de los propósitos de Felipe Castro al escribir este libro. *Historia social de la Real Casa de Moneda de México* es un recorrido a lo largo de la época colonial, donde se nos mues-

tra con paso pausado cada espacio del interior de la fortaleza donde se fabricaban las resplandecientes monedas que circulaban por buena parte del mundo. Desde la llegada de los españoles, ese espacio fue símbolo del poder y la grandeza del monarca. La historia transcurre en el lugar donde se conservaba el mayor tesoro de la ciudad de México. Ahí, entre altos muros, puertas infranqueables y con arcas de tres llaves, se construyó el templo del tesoro novohispano.

Por sus corredores emprendía un viaje sin retorno una fabulosa riqueza. Rafael de Lardizábal, superintendente de la Casa, calculó que entre 1733 y 1822 se produjeron en promedio anual 18 millones de monedas.

Este libro ofrece grandes posibilidades para revisar una etapa fundamental en nuestra historia, pero a la vez permite reflexionar sobre el método de análisis utilizado e inclusive sobre ciertos aspectos que resultan polémicos. Detrás

de un gran trabajo de documentación, papeles conservados en los archivos de México y España, se construye una historia que se encuentra íntimamente vinculada con la manufactura del dinero, aquel metal redondeado que, además de ser un eficaz medio de cambio, era también un instrumento para publicitar la imagen de Carlos III, quien hizo estampar su busto, logrando darse a conocer universalmente al pasar aquellas monedas de mano en mano.

En las investigaciones de Felipe Castro se encuentra un marcado interés por relatar la historia “desde abajo”; es decir emprender una reconstrucción a partir de los intereses, experiencias y aspiraciones de los artesanos, los indígenas y, en este caso particular, los “trabajadores metalúrgicos”. Nos muestra un amplio panorama, desde los operarios más humildes hasta los más encumbrados, reconstruyendo el tejido social de la época, analizando las rígidas estructuras impuestas por la jerarquía laboral, pero intentando dar cuenta no tan solo de su relación económica, sino avanzando en las ásperas relaciones sociales, sin pasar por alto su imaginario. Como otros historiadores, enfrenta sus métodos con rigor, haciendo un cuidadoso análisis y poniendo énfasis en aquellos aspectos fundamentales. De hecho, prefiere a la sociedad como protagonista de la trama, pero sin olvidarse de los individuos. De esta manera, entrelaza las vicisitudes con sus juicios de valor y su interpretación personal.

En la *Historia social de la Real Casa de Moneda de México* se hace un recuento pormenorizado del proceso laboral de todas aquellas

tareas que formaban parte de la transformación de los metales preciosos, pero de manera paralela, se da cuenta del contexto histórico que hacía posible la producción de “la mercancía dinero”. Los trabajadores de la Casa de Moneda, en la cotidianidad, fueron trenzando una historia laboral rica en experiencias, innovación tecnológica y, sobre todo, se les debe, en buena medida, el haber construido la confianza de los mercados. La Corona hizo circular una moneda de calidad que contenía el metal y peso correspondiente, sin defraudar a sus poseedores y sin menoscabar su prestigio y honor. Los derechos de los operarios se edificaron a través de una negociación constante; sus éxitos y fracasos dependieron de la fuerza política que poseían en cada momento histórico. Por el libro, sabemos que a través de un extenso proceso, los trabajadores reclamaron percepciones acordes con sus necesidades y pretendieron establecer una convivencia que fuera menos discriminatoria y más justa. Sin exagerar, los problemas a los que se enfrentaron pueden ser fácilmente extrapolables a nuestra actualidad.

Al estudiar las percepciones de los trabajadores, en el siglo XVI, Felipe Castro nos sorprende por la complejidad que tenía la estructura de los pagos. Asegura que “los oficiales no recibían un salario del rey; no eran en realidad funcionarios públicos, [...] el trabajo asalariado no existía, [...] porque hasta los trabajadores de menor rango recibían un porcentaje [sobre] la producción”. En seguida, puntualiza que las retribuciones se constituían a través de las ganancias, sueldos,

prebendas, gastos y cargos, entre otros factores. Con el transcurrir del tiempo, esta situación cambió o mejor dicho se simplificó, es decir “los operarios eran libres y se contrataban por un salario”.

En el mundo del trabajo, los problemas técnicos se resolvían con perfección, maestría, destreza, especialización y una inagotable fuente de imaginación. Todo ello les permitió a algunos operarios, como el fundidor, tallador, acuñador, entre otros, gozar de ciertos privilegios. De hecho los trabajadores especializados tenían la posibilidad de disfrutar un patrimonio y heredar sus conocimientos y su puesto a su descendencia. Felipe Castro encuentra que el proceso de trabajo sufrió una transformación radical hacia 1732, momento en que se inauguró la “nueva planta”, donde las monedas dejaron de hacerse a golpe de martillo y se inició una nueva producción en serie, gracias a la introducción de máquinas impulsadas con “motores de sangre”, que sustituyeron al trabajo manual. Sin duda era una sorprendente máquina, de la que se conserva un ejemplar, para nuestra admiración, en la Casa de Moneda del Potosí, hoy Bolivia.

La Casa de Moneda era un crisol étnico, agrupaba a mulatos negros, mestizos, indios y, sobre todo, españoles. Todos ellos compartían pésimas y peligrosas condiciones de trabajo que deterioraban su salud. Tenían que utilizar sustancias peligrosas como el “agua fuerte”, cuya acción corrosiva podía disolver las barras de metales preciosos. Pero así también, utilizaban otro corrosivo como el “solimán”, —azogue sublimado combinado con ácido

muriático—, de aspecto inocente, por ser un polvo blanco cristalizado, pero que era una sustancia muy venenosa. Los gases que inundaban a la atmósfera eran terribles, provenían de los ácidos, de la combustión de las semillas del nabo que se utilizaban en la iluminación, pero sobre todo del carbón vegetal que se consumía en los hornos por enormes cantidades. A este respecto, señala Felipe Castro que “una de las constantes preocupaciones de los operarios era la posibilidad de caer enfermo, sufrir una lesión que les impidiera trabajar y por consiguiente llevar el sustento a sus familias”.

Por el libro, sabemos que los trabajadores fueron sometidos a un sistema muy rígido de vigilancia para evitar los robos; las autoridades construyeron una amplia red de informantes con el fin de frustrar la tentación. Estaban en la casa del

rey, donde se acumulaba un dineral. Buena parte le pertenecía a los particulares que le confiaban a la monarquía sus metales, y otra era propiedad del rey, la cual se embolsaba a través de los impuestos. Como dice el dicho, “en arca abierta, el justo peca”. Al hacer el recuento de las causas en contra de los trabajadores que cometieron algún ilícito, se revela la abundancia de sentenciados por robo. Se describe con precisión las técnicas que se utilizaban para sacar los metales, las organizaciones que se formaban para cometer los delitos y se dibuja el mercado ilegal de los metales preciosos en aquella época. Sin pasar por alto los castigos, que podían llegar hasta la imposición de la pena capital. Los oficiales de la Casa de Moneda tenían un lugar privilegiado en la sociedad novohispana, asistían a las ceremonias públicas vestidos con

atuendos de gala y se codeaban con los más pudientes y poderosos. Sin embargo, muchos participaron de los robos, desde los que portaban cascaca hasta los de huarache. Al estudiar estos casos, Felipe Castro nos puntualiza la manera en que vivía la sociedad novohispana e incluso lo que podía llegar a aspirar, como aquella impaciente esposa, que le reclamaba al marido porque no robaba como los hacían todos, para salir de su triste situación.

En cierto sentido, la *Historia social de la Real Casa de Moneda de México* es un relato de la opresión y de las herramientas que los trabajadores utilizaron para defenderse, de cómo recurrían a su experiencia como una poderosa arma de lucha y opusieron una resistencia férrea, con el fin de ganar, de manera cotidiana, la batalla, pero quizá perder la guerra.

Un híbrido cinematográfico

Hugo Lara

Raffaele Moro y Bernd Hausberger (eds.), *La Revolución mexicana en el cine: un acercamiento a partir de la mirada italo-europea*, México, El Colegio de México, 2013.

Resulta muy curioso ver las imágenes del *spaghetti-western* en sus variantes de *Zapata western* y torti-

lla *western*; es decir, aquellas situaciones en México durante la revolución o en sus guerras decimonónicas: allí encontramos al rubio Klaus Kinski vestido de sombrero, cananas y sarape; a Orson Welles como coronel huertista, o a Tomas Milian como revolucionario mexicano mimetizado como el *Che* Guevara.

Ellos figuran en este exótico universo fílmico de héroes derrota-

dos e idealistas asesinados, donde también surgen inopinadamente bandidos de buen corazón, cínicos que cobran conciencia social, cazarecompensas que hacen justicia contra las canalladas, pícaros y robavacas románticos. En suma, protagonistas que hoy en día necesitamos en este mundo y le dan vigencia, más que nunca, a este cine.